



A la luz de la Palabra

Diócesis de Caldas / Animación Bíblica de la Pastoral

Lectio Divina **CORPUS CHRISTI**

Solemnidad

7 de Junio del 2026

DT. 8, 2-3.14B-16A/ **SAL** 147, 12-13.14-15.19-20/ **CO.** 10, 16-17/ **JN.** 6, 51-58

Invocación al Espíritu Santo

Ven, Espíritu Santo, abre nuestro corazón para acoger la Palabra de Dios. Ilumina nuestra mente para comprender el misterio de la Eucaristía y fortalece nuestra fe para reconocer a Jesús presente en el Pan de Vida. Haz que esta lectura nos acerque más a Cristo, nos ayude a amarlo con mayor profundidad y nos impulse a vivir como verdaderos discípulos suyos. Espíritu de amor, quédate con nosotros y alimenta nuestra vida con la presencia del Señor. Amén.

I. LECTIO: ¿Qué dice el texto?

Del Evangelio Según San Juan (6, 51-58)

En aquel tiempo, Jesús dijo a los judíos: «Yo soy el pan vivo que ha bajado del cielo; el que coma de este pan vivirá para siempre. Y el pan que yo daré es mi carne para la vida del mundo». Entonces los judíos se pusieron a discutir entre sí: «¿Cómo puede éste darnos a comer su carne?» Jesús les dijo: «Yo les aseguro: si no comen la carne del Hijo del hombre y no beben su sangre, no tendrán vida en ustedes. El que come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna, y yo lo resucitaré en el último día. Mi carne es verdadera comida y mi sangre es verdadera bebida. El que come mi carne y bebe mi sangre permanece en mí y yo en él. Como el Padre, que me ha enviado, posee la vida y yo vivo por Él, así también el que me coma vivirá por mí. Éste es el pan que ha bajado del cielo; no es como el maná que comieron sus padres, pues murieron. El que come de este pan vivirá para siempre». **Palabra del Señor**

Preguntas para construir el texto

- ¿Cómo se presenta Jesús a sí mismo en este Evangelio?
- ¿Qué promete Jesús a quien coma del Pan que Él ofrece?
- ¿Qué sucede con quien come la carne de Cristo y bebe su sangre?
- ¿Qué diferencia establece Jesús entre el maná y el Pan bajado del cielo?

La solemnidad del Corpus Christi nos invita a detenernos ante uno de los misterios más grandes y más conmovedores de nuestra fe: la presencia real de Jesucristo en la Eucaristía. En el Evangelio de este día (Jn 6, 51-58), Jesús se presenta como el Pan Vivo bajado del cielo y afirma con claridad:



DIÓCESIS DE CALDAS

«El que come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna». Estas palabras no son una metáfora ni una simple invitación a recordar su mensaje; son la revelación de un amor que quiere permanecer para siempre con nosotros. Dios no se conformó con hablarnos por medio de los profetas ni siquiera con caminar entre nosotros en la persona de Jesús; quiso quedarse como alimento para el camino, como presencia permanente en medio de su pueblo. La Eucaristía es el sacramento de un Dios que se entrega totalmente. Mientras los hombres solemos reservar algo para nosotros mismos, Cristo no se guardó nada. En la cruz entregó su cuerpo y derramó su sangre por nuestra salvación; y en la Eucaristía perpetúa esa entrega para todas las generaciones. Cada vez que participamos en la Santa Misa, no asistimos simplemente a una ceremonia religiosa, sino que somos introducidos en el misterio del amor infinito de Dios. En el altar se hace presente el mismo sacrificio redentor de Cristo, no como un recuerdo lejano, sino como una realidad viva que sigue ofreciendo gracia, perdón y salvación al mundo.

Sin embargo, la Eucaristía no solo nos habla de lo que Jesús hizo por nosotros, sino también de lo que quiere hacer en nosotros. Cuando recibimos la Comunión con fe, Cristo entra en nuestra vida para transformarla desde dentro. La Eucaristía fortalece al débil, levanta al caído, ilumina al confundido y devuelve esperanza al que ha perdido el sentido de su camino. Muchas veces buscamos soluciones para nuestras heridas en múltiples lugares, mientras descuidamos la fuente de donde brota la verdadera vida espiritual. Jesús lo dice claramente: «El que permanece en mí y yo en él». La Comunión crea una unión tan profunda con Cristo que poco a poco nos va configurando con sus sentimientos, su manera de amar y su capacidad de entrega. Además, la Eucaristía nos recuerda que la fe no puede vivirse de manera individualista. Quien come del mismo Pan forma parte del mismo Cuerpo. Por eso, recibir a Cristo exige también abrir el corazón a los hermanos. No es posible acercarse al altar y permanecer indiferente ante el sufrimiento ajeno, las divisiones familiares o las necesidades de la comunidad. La Eucaristía construye la Iglesia porque nos enseña a vivir la comunión, el servicio y la fraternidad. Cada Misa debería hacernos más humildes, más misericordiosos y más comprometidos con la construcción del Reino de Dios.

Finalmente, el Corpus Christi nos invita a preguntarnos qué lugar ocupa realmente la Eucaristía en nuestra vida. En una cultura que nos ofrece muchos alimentos para el cuerpo y muchos entretenimientos para la mente, existe el riesgo de olvidar el alimento del alma. Sin embargo, el corazón humano sigue teniendo la misma necesidad de Dios. Por eso Jesús continúa repitiéndonos hoy: «Yo soy el Pan Vivo bajado del cielo». Quien descubre el valor de la Eucaristía encuentra mucho más que un rito religioso; encuentra una presencia que acompaña, una fuerza que sostiene y una esperanza que conduce hacia la vida eterna. Allí está el tesoro más grande de la Iglesia: Cristo mismo, que sigue haciéndose Pan para que nadie camine solo y para que todos tengan vida en abundancia.

II. MEDITACIÓN: ¿Qué me dice el texto?

- ¿Qué lugar ocupa la Eucaristía en tu vida de fe?
- ¿Con qué disposición te acercas habitualmente a la Santa Misa?
- ¿Qué hambre espiritual necesitas presentar hoy a Jesús?
- ¿Cómo puedes reflejar en tu vida el amor que recibes en la Comunión?
- ¿Comulgas con frecuencia al participar de la celebración de la Eucaristía?



III. ORACIÓN: ¿Qué le digo a Dios orando desde el texto?



Señor Jesús, Pan Vivo bajado del cielo, gracias porque has querido quedarte con nosotros en el Sacramento de la Eucaristía. Alimenta mi fe cuando sea débil, fortalece mi esperanza cuando me sienta cansado y enséñame a amar como Tú amas. Haz que cada encuentro contigo en la Santa Misa transforme mi corazón y me ayude a vivir con más generosidad y entrega. Que nunca me acostumbre a tu presencia y que siempre te busque con amor sincero. Amén.

IV. CONTEMPLACIÓN: ¿Cómo interiorizo el mensaje?

Permanece unos instantes en silencio. Imagina que estás delante de Jesús Eucaristía. No necesitas decir muchas palabras. Simplemente contempla su presencia y deja que Él te mire con amor. Escucha en tu corazón estas palabras:

«El que permanece en mí y yo en él, ése da fruto abundante».

Permanece en silencio y repite lentamente: **“Jesús Eucaristía, quédate siempre conmigo”.**

V. ACCIÓN: ¿A qué me comprometo?

Durante esta semana, dedica al menos quince minutos a visitar el Santísimo Sacramento o, si no te es posible, participa con mayor atención y recogimiento en la Santa Misa, ofreciendo a Jesús una intención especial por tu familia y tu comunidad.

